

NUESTRAS ENTREVISTAS

A Monina Acuña, la de los ojos que invitan a soñar, le pregunté un día:

—¿Qué prefieres: ser Miss Philippines o ser la Número Uno de los exámenes del foro?

—Lo último, naturalmente.

—Entonces, ¿prefieres el talento a la belleza?

—No precisamente. Sino que en un concurso de belleza sólo entran mujeres, mientras que en los exámenes de la corte la mujer que gane el primer puesto ha de vencer a hombres y mujeres...

Sin esperar a más, corrí en busca de la Srta Tecla San Andrés, que obtuvo el más alto promedio en los exámenes forenses de este año poniendo por los suelos, por primera vez en la historia, la pretendida supremacía del sexo fuerte, en materia de leyes.

La encontré en el dormitorio de Santa Teresita, cabe el *campus* universitario, guardada por los ojos vigilantes y el celo maternal de las Flores del Carmelo.

Se engaña el lector si, por tratarse de un dormitorio religioso, cree que el que entra en él ha de hallar el sosiego sereno y la quietud beatífica de un convento, o el elocuente silencio de la casa del Señor.

Al penetrar en el saloncito recibidor os acoge enseguida el ruido de una batalla: la de cinco o seis pianos, probando a ver quién suena más y mejor. Ni pretendáis averiguar qué pieza o que sonata os larga cada pianista, porque por más fino que tengais el oído no lograreis discernir más que la jaqueca que os producen todas las notas del pentágrama volando cada una por su lado y armando más alboroto que colegialas en día de asueto.

¿Y es en esta casa de batallas musicales, donde se ha preparado la Srta. San Andrés para ganar su homérica batalla forense, en competencia con más de trescientos otros candidatos de ambos sexos?

¡Hum... hay que ponerlo en cuarentena! La primera pregunta que hice a la abogada Número Uno fué para resolver mis dudas.

—¿Es verdad que le llaman a usted «la estudiosa»?



Srta. Tecla San Andrés y Rávago que obtuvo el mayor promedio en los exámenes para abogados de la Corte.

—Sí, me pusieron ese mote mis compañeras, porque muchas veces he preferido mis libros a sus *parties*...

—¿No querrá usted decir que se ganó ese mote estudiando aquí, a menos que sus estudios sean también de piano?—y señalé a la señorita Tecla a las que tecleaban de lo lindo en la habitación vecina.

—Pues aquí mismo, sí señor; y como es verdad que molestan un poco tantos tecleos y tantos gorgoritos, porque también hay otras que se les da por aprender a cantar, aunque a veces sospecho que en vez de cantar aprenden a gritar, he tenido que meterme con frecuencia en la pequeña sacristía de la capilla que aquí tenemos y cerrar las puertas para poder estudiar...

—Y ¿cuál fué, si puede decirme, la llave de su éxito en los pasados exámenes?

—Pues eso: estudiar y estudiar, de la mañana a la tarde, de la tarde a la noche, y de la noche hasta la una o las tres de la madrugada hora esta última a la que llegué una vez, pero que no volví a repetir, porque al día siguiente me sentí mal.

—¿Cuántos meses duraron sus estudios de reválida, o sus preparativos para el examen?

—Tres meses, durante los cuales he tenido que rechazar invitaciones a paseos, a fiestas y hasta al cine, que tanto me gusta. Durante ese tiempo, creo que sólo una vez pude ir al cine.

—¿A quién debió usted su triunfo en los exámenes, aparte de sí misma?

—A la Virgen de Peñafrancia, que se venera en nuestro pueblo de Naga, Camarines Sur—respondió sin vacilar.—¿No sabe usted la fama de milagrosa que tiene nuestra Virgen? Pues a ella elevé mis preces noche y día, para que me ayudase a pasar los exámenes.

—¿Nada más que a pasar los exámenes? ¿No le pidió a usted, en lo íntimo de su corazón, que también le diese el más alto promedio?

—No, señor. Fuera demasiada presunción de mi parte pedirle tal cosa. No me crea usted tan presumida. Pero, eso sí, yo le pedí a Nuestra Señora, con todas las fuerzas de mi alma, que me librase de tener que repasar otra vez, porque el repaso que yo tuve que hacer, francamente, no quiero ni recordarlo. ¡Cuánto menos, volverlo a hacer...!

—¿Es la primera vez acaso que obtiene usted el primer puesto en exámenes?

—Sí, señor, la primera vez. Y yo misma fui la más sorprendida de todos, del resultado de mis últimos exámenes. Tanto que cuando recibí el primer telegrama de mis amigas, dándome cuenta de ello, no lo quise creer... ¡La noticia sonaba a demasiado buena para ser cierta! Tuve que convencerme de que así era en realidad, cuando leí los periódicos.

—¿No recuerda haber recibido un honor semejante, en sus años de estudiante?

—No recuerdo. Ni cuando estudiaba en el Colegio de Sta. Isabel, de Naga, Camarines Sur,

donde hice los primeros estudios. Ni más tarde, cuando me trasladé a la Escuela Central Católica de Tabaco, Albay. Ni por último, cuando me gradué en la Naga High School. El honor que alcancé más próximo al de ahora fue un segundo puesto en el cuadro de honor mensual en mi tercer año de *high school*. Luego, en el colegio de leyes de la Universidad de Filipinas, me gradué en marzo pasado ocupando el 3.er puesto, después de los señores Albendía y Ramón Diokno Jr., que eran realmente los mejores de la clase. ¿Cómo iba, pues, a presumir, que alcanzaría el primero en los exámenes de la corte?

El talento o la aplicación de esta joven que hace honor a su sexo y a su profesión sólo puede compararse a su propia modestia. Actualmente trabaja como auxiliar en uno de los bufetes más conocidos de la ciudad, al que fué invitada por los socios espontáneamente, sin solicitarlo ella. Esto, como buena cristiana, lo reconoce ella, no como un crédito personal suyo, debido a sus propios merecimientos, sino como una generosidad más de la Providencia Divina.

—¿No cree usted incompatible en una mujer la carrera de derecho con el cuidado del hogar?

—No, ciertamente. Porque una abogada es más independiente y tiene muchas más horas libres que una maestra, por ejemplo, o una enfermera. Y, sin embargo, ¡cuántas maestras y cuántas enfermeras son un éxito en su profesión, y no por eso son malas esposas, ni madres desnaturalizadas!

Mi última pregunta:

—¿Cuál es su más alta ambición? ¿Ser magistrada, presidenta del senado, o vicegobernadora?

—Nada de eso: mi mayor ambición es ser útil a mi Dios, a mi pueblo, y a mis viejos en el hogar, dulce hogar...

JUANITO.

NEKO
EL
GENUINO JABÓN
GERMICIDA 8



El desagradable olor de la transpiración puede contrarrestarse. Y es mucho mejor quitarlo que tratar de disfrazarlo.

Usted puede fácilmente librarse del olor de la transpiración mediante NEKO—el genuino Jabón Germicida—porque NEKO limpia la piel y neutraliza el olor en donde se origina.

PARKE, DAVIS & COMPAÑÍA
Detroit & New York, E. U. A.